

# Elixir estomacal

Sr. D. Ricardo Nixon.

Muy señor mío: No sé si es precedente empezar esta misiva con un intento, que ya supongo vano, de deshacer el equívoco que pesa sobre mi persona. Supongo que a usted le habrán dicho pestes de mí, y, la verdad sea dicha, tampoco de usted me han dicho nada que valga la pena para el inicio de una amistad, que podría ser fecunda. Soy consciente de que unas líneas no pueden remover ni siquiera la superficie de la escombrera que la prensa judía internacional ha arrojado sobre mi cabeza. Pero al menos le pido unos minutos de atención. Sé más por viejo que por diablo.

El otro día le vi a usted sentado en aquel frío salón del Kremlin y temblé por su suerte, se lo juro. Sólo, impassible, frío pero sonriente, así estaba usted, Ricardo. Con esa soledad que sólo saboreamos los grandes estadistas. ¡Amargo sabor! ¿Verdad, Ricardo? Y pensé: este chico tiene madera. Un poco blanda, pero madera. Vaya si la tiene. Se lo comenté al pobre Martin Borman, que estaba disfrazado de locutora de la televisión (de la Segunda Cadena), y lloraba, pobrecillo, por culpa de un «rimmel» rancio que conservaba de un baile de disfraces en honor del conde Ciano. Borman lloraba, y en mi portentosa sensibilidad supe apreciar cuando dejaba de llorar por el «rimmel» y empezaba a llorar por usted. «¿Lloras por él?». Le pregunté con un trémolo viril en la voz. «Sí, jefe», me respondió Martin. Nos abrazamos emocionados, confortados, sabiendo que, en cierta manera, el abrazo le comprendía a usted, Ricardo.

Horas después, cuando en la soledad de mi habitación clavaba los cotidianos alfileres en un muñequito que reproduce al general

Giap, volvía a pensar en usted. ¿Qué estará haciendo? ¿Le habrán puesto micrófonos ocultos en su habitación del Kremlin? ¿Le han tratado bien, Ricardo? Dígamelo, por favor. Abra su corazón y se sentirá aliviado. Aquí donde me ve, tengo un cuerpo de agulla, pero un alma de rosita de pitimín y la fragancia de mi espíritu evoca las primaveras perdidas, cuando el mundo pudo ser mío y ustedes, ustedes me lo arrebataron. Pero yo perdono. No perdono sensiblemente, caritativamente. Perdono eficazmente. Y usted merece ser perdonado. Le perdono, Ricardo.

## ¡NO CORRAS, RICARDO!



Y porque le perdono y le aprecio, voy a darle un consejo: ¡No corra, Ricardo! En las negociaciones con los rusos ha de ir despacio, pero seguro, y siempre mirando el espejo retrovisor. No se deje usted avasallar, que tiene usted un no sé qué de buenazo y esa gente se aprovecha de los buenos sentimientos. Por ejemplo. Si Breznev le dice: Y bueno, ¿para cuándo es la retirada del Vietnam? Usted ha de contestar, con esa sonrisa de chicarrón del Norte que Dios le ha dado: Me ne frego! Y si Breznev, en el colmo de la insolencia diplomática, le mete a usted dos dedos en los ojos y le

grita: ¡Que hoy te señalo yo a ti, por éstas! Usted haga una retirada estratégica y gane tiempo para sacar la pistola y vaciarle un cargador entero. Y si luego vienen pidiendo explicaciones, usted meta la pistola en la valija diplomática, póngase las gafas oscuras y



diga que es Greta Garbo en viaje de placer. Y si no se lo creen, allá películas.

Nada de contemporizaciones. Si quieren fusilarle, grita usted: ¡Shazam!, y se echa a volar desde las cúpulas de Kremlin. Y si le disparan con las baterías costeras desde el Báltico, acójase a la Convención de Ginebra: Ricardo Nixon, teniente de navío. Y si las cosas van mal dadas y se lo llevan a Siberia, paciencia. Yo, en mi juventud, también pasé muy malos ratos, pero las vicisitudes curten y usted tiene, y perdone la confianza, un cierto dengue de malcriado. ¡Que les consienten mucho a ustedes de pequeños! ¡Que sí, Ricardo, que sí! No, yo ya sé que es muy costoso aceptarlo y que cada cual venera a sus padres. Pero a ustedes les crían blandos. La democracia les cría así, Ricardo. Todo habría sido muy diferente si me hubieran dejado llevar a la práctica parte de mis proyectos Pero no pudo ser.

Ahora yo lo espero todo de us-

tedes. Ya se lo dije a Foster Dulles en una visita que me hizo de incógnito cuando yo estaba oculto en Londres, dentro de un urinario de Hyde Park: ustedes van para arriba y nosotros para abajo, es ley de vida. Foster Dulles era muy sano, pero tenía un hijo jesuita, y son los jesuitas los que han armado ese espantapájaros político, llamado la democracia cristiana. Cada vez que les veo a ustedes envueltos en un lío, en las cuatro esquinas del mundo, me digo: Adolfo, ¡cuánta energía, cuánta intuición certera contrarrestada por el envilecimiento de las formas!

En la última visita de cumplido que me hizo Adolfo Eichmann, estuvimos estudiando un proyecto de cámara de gas butano portátil e invisible. Adolfo sostenía que era un arma definitiva. Le falta un no sé qué, le dije yo. Pues a mí me parece el no va más, jefe. Opinaba el malogrado. Yo argumenté: parte de la eficacia de las viejas cámaras de gas era el barullo del terror. Tú ahora colocas esta cámara en un estadio de fútbol o en una casa de vecinos, la pones en marcha, se mueren y no saben de qué, ¿cómo capitalizas el terror? Las formas son importantes y ustedes se equivocan manteniendo ciertas formas.

¿Será lo único que nos separa? ¿Será cierto, Ricardo? ¿Y si los dos cedieramos un poquito y nos encontraríamos a medio camino? Deme una prueba de su buena voluntad en este sentido. La mía es esta carta tan cariñosa, tan entregada. Usted, ¿por qué no le tira a Breznev un vaso de vodka por la cara? En cualquier caso, sobre el terreno, usted sabrá lo que hay que hacer. No se precipite. No corra, Ricardo. Pero cuando llegue la hora, que no tiemble su pulso. Valor.

**Adolfo**

